

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administracion que en as librerías.)
Por un mes... 4 reales.
Por tres id... 11 »
Por un año... 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Peninsula.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. 15 reales.
Por seis id... 28 »
Por un año... 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses... 30 »
ULTRAMAR.—Un año... 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos

Administracion y Redaccion, Huertas, 82, pral.

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

DECLARACION, PROTESTA Y LO QUE SALGA.

Todos los periódicos han publicado las siguientes líneas al frente de sus columnas, sobre las cuales llamamos la atención de nuestros lectores:

«Los representantes de los periódicos de esta capital que suscriben, íntimamente persuadidos de la necesidad de poner término á los desmanes y atropellos de que algunos escritores y empresas periodísticas han sido objeto en estos últimos tiempos, declaran por unanimidad:

1.º Que protestan de la manera más enérgica, y con la indignacion de hombres honrados, contra las violencias cometidas por agrupaciones de malvados, agresores que, cualquiera que sea el nombre con que se les designe, constituyen una mancha en la civilizacion española.

2.º Que están dispuestos, para evitar nuevos escándalos, y perseguirlos en su caso, á prestar toda clase de auxilios legales y personales, así á los que hayan sido y puedan ser objeto de agresiones, como á las autoridades gubernativas y judiciales encargadas de impedir las y castigarlas.

3.º Que á este efecto una comision de su seno se encargará de velar por los intereses colectivos de la imprenta, gestionando cerca de quien haya lugar, y prestando el apoyo de la prensa unida á la autoridad y á los escritores en todos los casos en que fuere necesario.

Madrid 19 de octubre de 1870.

Por La Esperanza, Vicente de la Hoz.—Por La Epoca, Joaquin Maldonado Macanaz.—Por Las Novedades, el director, Juan Ruiz del Cerro; el propietario, Nemesio Fernandez Cuesta.—Por El Diario Espanol, Vicente Rodriguez Varo.—Por La Regeneracion, Juan Antonio Almela.—Por La Discusion, Bernardo Garcia.—Por La Nacion, Federico Rodriguez Ramirez.—Por El Pensamiento Espanol, Valentin Gomez.—Por El Pueblo, Alfredo Alvarez.—Por La Politica, Salvador Lopez Guijarro.—Por El Cascabel, Carlos Fróntaura.—Por Gil Blas, Luis Rivera.—Por El Imparcial, Mariano Araus.—Por El Universal, José Anchorena.—Por El Puente de Alcolea, José María Lopez.—Por La Opinion Nacional, el director, Manuel Nuñez de Prado; redactor, R. Leopoldo Palomino de Guzman.—Por La Igualdad, A. Benot.—Por El Correo Militar, Miguel E. Espina.—Por La Independencia Española, Manuel Henao y Muñoz.—Por El Popular, J. Garcia.—Por El Eco del Progreso, José Ortega.—Por La República Ibérica, Miguel Morayta.—Por El Eco de España, Fermín Figuera.—Por El Tiempo, José Ortega.—Por El Sufragio Universal, José María Jorro.—Por El País, José Ferreras.—Por El Buzon del Pueblo, Mariano Chacel.—Por El Consultor del Censo, Gabriel de Usera y Jimenez.—Por La Integridad Nacional, Calixto de Toledo.—Por La Correspondencia Universal, F. Muñoz y R.—Por La Paz, Miguel Tuero.—Por El Volante de la Campaña, Gregorio Estrada.—Por Las Academias de Regimiento, Serafin Olave.—Por El Voluntario de Cuba, Joaquin de Palomino.—Por El Correo Extraordinario, Eleuterio Llofriu y Sagrera.—Por Juan Palomo, Carlos del Pozo y Rodriguez.»

Crónica.

Que el pueblo francés, superficial y veleidoso como niña mal educada; que el pueblo español, discolorado por naturaleza é ignorante ainda; que los pueblos todos de

la raza latina, ligeros y sin nocion alguna de su verdadera conveniencia, hayan dado en la flor de discutir los actos de sus monarcas, y hasta se permitan suprimir las coronas y aun las cabezas en que están colocadas, comprendese bien; porque si es cierto que cada cosa engendra su semejante, ¿qué otra cosa podemos esperar de una raza degenerada y descreída, débil ya y sin vigor, sino equivocaciones lamentables y errores groseros? ¡Duéleme, sin embargo, verme en el triste caso de confesar que el mal ejemplo está produciendo sus frutos perniciosos hasta en el centro mismo de la severa y (con perdon) sesudisima Alemania!

Razon tenia mi maestro de primeras letras cuando, en mil cuentos y otras tantas fábulas, me decía aquello de que una manzana podrida podia comunicar su podredumbre á infinitas otras perfectamente sanas, sin que se diera un caso en que infinitas sanas pudiesen volver al pristino estado de lozanía y de esplendor á una podrida.

Los alemanes, circunspectos y todo, como ellos son; consagrados al estudio tranquilo y apacible de las ciencias abstractas; abstraídos los unos en investigaciones curiosísimas; preocupados los otros en ensayar las aplicaciones de la teoría últimamente descubierta á la práctica de las industrias ordinarias; combinando éste varios sonidos para formar los acordes peregrinos de la música futura; mezclando aquel cereales distintos para elaborar la cerveza más exquisita; discurriendo el de aquí una nueva integral; inventando el de allí un nuevo sistema de bombas para incendios; los alemanes, sí, han abandonado por un momento sus honestas é inocentes ocupaciones, y han sido osados á poner en tela de juicio la sabiduría de su monarca y de Bismark, que es como si dijéramos, tratándose de los sectarios del Corán, se han permitido discutir la omnipotencia de Allah y el saber de Mahoma, su profeta.

El pueblo alemán, en efecto, principia, según dicen, á encontrar de mal gusto la continuacion de la guerra; los más atrevidos, sin tener en cuenta el respeto que debe inspirarles el habilísimo Bismark, aseguran que Sedan era el término lógico y natural de la campaña, y murmuran y critican á su soberano como pudieran hacerlo si de algun plebeyo se tratara.

No hay ejemplos de esto en la historia, tratándose de pueblos dignos y bien educados; allá, hace muchos años, cuando en Inglaterra ni habia sindéresis ni nada, dicen que destronaron á Carlos I, y no faltan historiadores que afirman, como cosa indudable, que hasta le cortaron la cabeza; pero desde entonces ninguna otra nacion honrada y decente ha pensado en tales locuras, y solo los afeminados hijos de Italia, los franceses de carácter raro y los españoles semi-salvajes han tratado á sus monarcas de potencia á potencia.

¡Haga Dios que los graves prusianos se aparten pronto de la mala senda! ¡Pluguiera al cielo, para bien de los alemanes, que nunca la hubieran emprendido! Pues que, ¿pretenderán por ventura saber todos ellos, miserables pigmeos y pobres súbditos, tanto como su rey y el consejero de su rey? ¡Ingratitud notoria!!

Guillermo de Prusia ha regalado á su país, para

que se engalane con frecuencia, coronas inmarcesibles de frescos laureles; ha adquirido para su nacion un gran número de ametralladoras, muchos cañones, banderas sin cuento; y todavía hay entre sus vasallos quien se atreva á dirigirle advertencias, si bien en voz baja y en tono de respetuosa timidez!

¿Y todo por qué? Por la razon frívola é inatendible de que mueren muchos hombres; como si en el mundo no hubiera sobra de ellos; como si el rey no fuera desde muy antiguo señor y dueño absoluto de vidas y haciendas.

¿Qué significan los gastos? ¿Qué vale la industria muerta? ¿Qué importa el comercio paralizado? ¿Qué son las artes? ¿Qué son las ciencias? ¿Qué es todo si con la gloria y con las conquistas se compara?

Pero ¿á qué me fatigo en probar lo que está en la mente de todos? Bien creo yo que los alemanes estarán arrepentidos de haber llevado sus estudios y sus reflexiones á un terreno que por su elevacion les está vedado, á la altura del trono: antes que suponer otra cosa, seria yo capaz de creer que algun enemigo de los prusianos ha propalado esos rumores con la intencion malévolá que fácilmente se adivina, para desprestigiarlos, para quitarles autoridad, presentándoles á los ojos de la Europa culta como sándios y casquivanos.

Harto sabemos que la guerra es popular en Alemania, no precisamente porque la Alemania toda esté en aptitud de comprender lo que hay de sublime en la conquista de una bandera, ni pueda saborear la parte alicuota de gloria que á cada uno corresponde en estas jornadas, sino porque, á trueque de que el futuro rey de Prusia, el heredero de Guillermo, pueda contar entre sus dominios la Alsacia y la Lorena, las madres sacrifican con gusto sus hijos, las esposas sus esposos, los ricos su hacienda y sus aspiraciones los artistas; y no hacen nada de más, que todo eso se merece el rey y es poco todavía.

Son inexactas, por consiguiente, ó deben de serlo, las noticias que tienden á presentar la opinion pública en Alemania cansada ya de guerra y suspirando por la paz. No; la campaña continúa porque el rey—olvidadizo como todos los reyes—cree que debe seguirla: el pueblo—dócil y respetuoso á la voz de su rey—quiere lo que el dueño quiere, aborrece lo que aborrece el amo, paga cuando debe pagar, y aplaude despues de haber pagado.

Y es cosa que verdaderamente llena de orgullo á todo buen español, y permítaseme aquí este alarde muy justificado de patriotismo, digo que halaga el amor propio de un buen español esto de ver que mientras otros países que se tienen por civilizados y hasta se titulan de primer orden se cuidan de asuntos baladíes y de escasa importancia, como son la guerra franco-prusiana y la unidad de Italia, nosotros, más graves y más serios que todos, ventilamos acá entre nosotros asuntos de mucho mayor interés.

El retraimiento de Ruiz Zorrilla y su regreso del

Escorial alguna más importancia tienen que el sitio de Paris.

Las misteriosas desventuras de *El Cascabel*—desventuras de que nadie, sino él mismo, tuvo noticia—me parece á mí que representan algo más en la historia que la rendición de Strasburgo.

Las noticias de candidatos y sus rectificaciones correspondientes, de más interés son que los hechos de armas, nunca bien averiguados; en que murieron por miles los franceses y los prusianos. Y nada he dicho de la cuestión capitalísima del negocio de las Salesas, que ha conmovido á toda nuestra aristocracia, porque ese solo suceso es por sí más conmovedor que la expulsión del Pontífice *ex-romano*.

Y ¿qué me dicen Vds. de la cuestión de etiqueta, nacida en el último convite de la regencia, con motivo de haberse dado un puesto distinto del que le correspondía al bizarro Topete?

Vengan, vengan complicaciones europeas que con esta complicación puedan equipararse.

Y aun dicen algunos descontentadizos que nada ocurre; pero, señor, ¿qué querrán que ocurra? Yo sé que se prepara otra comida en la regencia; lo que no sé es dónde se proponen colocar al Sr. Topete.

A. Sanchez Perez.

CALMA, CALMA.

Que sea más fácil tender el cable eléctrico entre Europa y América que hallar rey para España, no quiere decir que hallar el candidato sea imposible.

Antes al contrario, en opinión de hombres graves, la misma facilidad de la cosa es lo que más la dificulta, como sucedió con lo del huevo de Juanelo, ó de Colon, segun se quiera.

Dicen algunos que el contraer matrimonio es cosa tan delicada que debe estarse pensando toda la vida, y sin embargo, no hay cosa más fácil que casarse.

Así es de creer que los entendidos, por muy sencillo y hacedero que juzguen el dar á España un príncipe conveniente, si son discretos, lo pensarán muchos años, convencidos por la experiencia de que los reyes son para los pueblos como las llaves para las cerraduras; que si entran con facilidad, difícilmente suelen sacarse, como no hayan sido hechas á propósito.

Y si la vida no es más que una continua preparación para la muerte, no me parecería impropio que el destronamiento de 1868 fuese una continua preparación para la monarquía.

Y así como el hombre más ascético y deseoso de eternas bienaventuranzas no se desdén de tomar algún frugal alimento, y se ocupa en su breve tránsito por el mundo de efimeros negocios terrenales, bien pueden también los más ardientes partidarios de nuestra resurrección monárquica entretenerse ahora de pasada, y sin olvidar por esto sus levantadas aspiraciones, hablar un poco de destinos, alianzas de partidos, exclusiones de idem, y aumentos de grados y sueldos; que todo ayuda á pasar el tiempo y nada de esto se opone á los designios de la Providencia.

Candidato fijo, segun decía el martes un periódico, no le hay; mas para materia de conversaciones amenas, tampoco hace falta ningun príncipe planeta; cualquiera estrella errante de familia régia nos basta para el caso.

He visto que se acaba de descubrir una nueva estrella, que sin duda hacia largos siglos estaba formando parte del vastísimo reino sideral, sin que los humanos fuéramos la menor noticia de su existencia.

¿Por qué hemos de perder la esperanza de descubrir de un momento á otro á ese candidato útil, que sin duda desde el comienzo de los siglos está decretado por el Supremo Hacedor que venga á regir nuestros destinos al precio corriente?

Entre tanto hemos vivido sin saber de la estrella Ifigenia y del candidato; bien podemos pasar sin éste los pocos siglos que le restan de vida á nuestro caduco globo.

El general Prim tiene la esperanza de encontrarlo. De tener fé en ello á tenerlo realizado, hay un breve paso.

Es cosa notoria que cuesta más echar al suelo un monarca que sentarlo en el trono, y si con dos años de buena voluntad fué derribada la monarquía ante-

rior, no seamos impacientes queriendo que en otros dos años quede levantada la que de allí ha de venir.

Calma, un poco de calma y todo se andará.

Si para traer reyes hacia España se pudiesen emplear los mismos procedimientos que para sacarlos fuera, ya tendríamos rey asegurado. Con catorce años de propaganda, con un empeño constante del Sr. Olózaga, con un poco de ejército, otro de marina y la voluntad nacional, habríamos salido del paso.

Ahora sabemos ya que ni ejército, ni marina, ni un orador de prestigio, ni propaganda, ni entusiasmo son los medios que pueden traernos la monarquía.

Pues bien; tenemos ya la operación simplificada. Eliminemos esos medios y busquemos otros.

No se puede dar con el candidato yendo á los palacios de los reyes y preguntándoles lisa y llanamente ¿Tiene V. M. algun hijo que quisiera ser rey de España?

Estas cosas se hacen de otro modo; se disfraza á un embajador, se echa á volar por Europa un agente oficioso; se aprovecha la orfandad ó la viudez de este; se tienta la ambición de aquel; hoy se ofrece el trono á un anciano ya grave y reposado; mañana se sondea el ánimo del mozo brioso, hasta que al fin se encuentra ó no se encuentra al príncipe, en cuyo segundo caso se vuelve á empezar.

Por esto no se turba el orden de las estaciones, ni mucho menos.

Aun así se van adquiriendo útiles conocimientos, y poco á poco se va averiguando cuántos y cuáles son los príncipes que no convienen para reyes.

Yo confío principalmente en los ópimos frutos de este género de averiguación, y estoy seguro de que podría ya á estas horas formarse una larga lista de todos aquellos príncipes que no sirven para reinar en España.

Ahora ya el quid está en enterarse de los restantes, trabajo á mi entender facilísimo, porque pocos quedan, y no hay escape: si hemos de tener rey, uno de esos pocos ha de ser.

Con que no nos precipitemos ya que estamos en lo mejor; andémonos con tiento: ó hay confianza ó no hay confianza en el gobierno.

¿Sí? Pues calma y esperar.

Roberto Robert.

LA ARISTOCRACIA.

¿Pues no faltaria sino que faltara á pedir paz y sosiego para las infelices Salesas!

Ya esperaba yo en que no se habian de pasar muchos dias sin que la citada aristocracia elevara su voz en demanda de que no se verificara el traslado de las monjas de la mina.

Y así ha sucedido. Segun veo por un periódico bien informado de estos pormenores, el domingo último se celebró una especie de manifestación, compuesta de los señores duques de Medinaceli y de Uceda, marqueses de Corvera y de Benamejí, vizconde de Rias y otros, cuyos nombres no recuerda el periódico, con bastante sentimiento mio.

¡Qué demontres! Algo se pesca, como decía aquel, y por lo pronto ya tenemos la satisfacción de ver á la aristocracia hacer uso del derecho de manifestarse.

El acto ha debido ser imponente, en efecto.

Dicen que el señor marqués de Corvera usó de la palabra, y manifestó al general Prim la necesidad de tener un colegio donde se eduquen las niñas de las clases acomodadas de la sociedad de España y principalmente de Madrid.

Y vea Vd. cómo el hacer las cosas así, de sopetón y sin estudio, suele á veces traer tan funestos inconvenientes, como los que hoy se ve obligada á deplorar la aristocracia.

¿Dónde podrá educarse en lo sucesivo cualquier niña de acomodada clase? Porque supongo que nos encontraremos de acuerdo en lo pernicioso que sería confiar la educación de esas niñas á señoras que no tienen relación directa con Dios, ni son nobles de sangre, ni aristócratas de nacimiento.

La diferencia entre el mundo y el claustro ya habrán Vds. observado que es inmensa.

En los colegios públicos se enseñan los escollos para evitarlos, los errores para corregirlos, los vicios para aborrecerlos.

En los conventos no se habla nunca de escollos, de vicios ni de errores, y el camino es, por lo pronto,

más corto, aunque la eficacia de esta educación sea... Decididamente tienen de su parte la razón los manifestantes de la aristocracia.

Un colegio donde se eduquen las niñas de las clases etc., etc., es necesario, indispensable.

Fácil sería á los manifestantes construirse uno *ad hoc*, con profesoras beatísimas y con libros de texto en que se enseñara aritmética católica, geografía romana y ortografía apostólica; pero es bien hacer constar una especie de protesta hacia estos liberales contemporáneos, para que vean cómo también la aristocracia sabe salirse de sus casillas y tomar cartas en el asunto, cuando el asunto es grave, trascendental y elevado.

También me hubiera yo holgado de ver la cara del general Prim al escuchar el discurso del manifestante marqués de Corvera. Hay quien asegura que el general le oyó con benevolencia, y quien añade que ofreció hablar del asunto con el Sr. Montero Rios.

El asunto exige una y otra fineza.

Pero hubiéramos querido ver más espontáneo y más explícito al Sr. Prim-Prats.

Yo, por ejemplo, les hubiera contestado:

«Señores: El interés de Vds. por esas monjas es digno de elogio; pero nos es de todo punto imposible acceder á sus pretensiones, porque sobre los intereses ó comodidad de esas señoras está el interés general y la conveniencia pública. Cuando la nación necesita el apoyo de todos, Vds. se van al extranjero; cuando la epidemia asola nuestros litorales, Vds. permanecen indiferentes, y cuando la nación adopta una medida sana, protestan Vds. de ella. No es posible, por lo tanto, que nos entendamos.

«Además, por medio de numerosas manifestaciones nos han pedido la abolición de las quintas y las quintas continúan. Sin embargo, nos han pedido economías y no las hacemos. ¿Han de ser Vds. nuestros enemigos mejor atendidos que los que nos han colocado en el poder?

«Fundén Vds. un colegio igual al que habia en las Salesas y punto concluido. ¡Ah! ¡Si todos pudieran satisfacer sus aspiraciones como Vds. pueden hacerlo! ¡Con que á vivir!»

Esto les hubiera yo dicho si me hubiera encontrado en el lugar del general Prim;—¡Dios me libre!—el general solo les ha ofrecido hablar con su compañero de Gracia y Justicia.

No se sabe si le ha hablado ya respecto del asunto. Se ignora asimismo el resultado de la entrevista entre ambos.

¿Se habrán entendido? Quizás no, que el uno es catalán y el otro gallego. En todo caso, á este antagonismo deberá la nación el que la medida adoptada se lleve á cabo, porque en otro caso hubiera quizás sucedido lo que con la iglesia de las Calatravas, que se ostenta altanera en la calle de Alcalá haciendo morisquetas al liberal que pasa por delante y la mira con ironía.

¿Tendría que ver que la aristocrática manifestación hubiese conseguido su objeto!

Pues miren Vds., está en lo posible.

CORZUELO.

HORAS DE FIEBRE.

Acababa de llegar á Madrid, como de improviso, el Sr. Ruiz Zorrilla. Grande agitación. Cada madrileño podía oír distintamente los latidos del corazón de su compañero.

Los pechos llegaban á fatigarse *di tanti palpiti*.

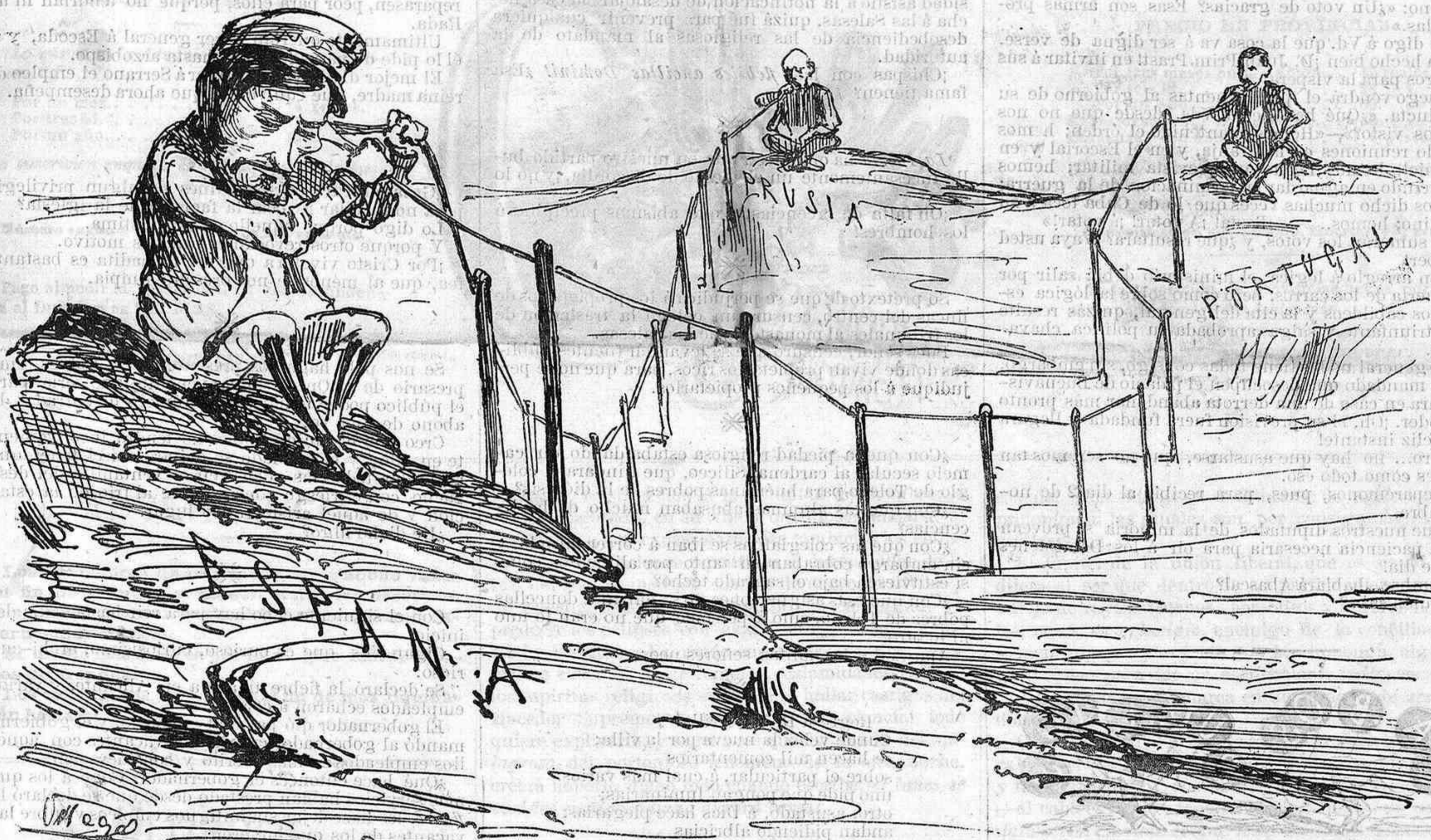
El café de la Iberia hervia en liberales, entre quienes circulaba con abundancia el agua de azahar.

—¿Qué hay? ¿Qué trae? ¿Rompeamos ó no rompemos? ¿Cedió acaso? ¿Se sostiene firme?

Jamás los realistas se sintieron tan conmovidos: ni á la vuelta de Fernando el Deseado.

Cruzábanse las preguntas á voces de un corro á otro; á lo mejor dos individuos se retiraban discretamente á un rincón. El uno, con mirada perspicaz y apoyando la punta del índice en la nariz, dirigía á su compañero una pregunta breve y preñada de malicia, y el otro se daba una palmada en la frente, como quien dice: ¡cabal!

En esto entraba otro mirando con inquietud á todas partes; atravesaba corrillos, dando empujones á un lado y otro, hasta que topando con el que buscaba, le tiraba hacia sí, le decía algo al oído y desaparecían ambos precipitadamente, derribándolo todo al paso. Uno les seguía haciéndose el distraído.



LO QUE DICEN POR AHÍ LAS GENTES.

Luego volvian, terciaban en los debates (porque hubo debates), y despues de largas discusiones, cada cual se llevó la siguiente fórmula:

«El hombre ha venido: no se sabe qué trae; se ignora si romperemos; no se duda que haya cedido; es de esperar que se mantenga firme. ¡Mañana al Casino!»

Discreta resolucio. Pero así como los años se deslizan fugaces, ¡cuán tardías son las horas para el que espera!

¡Esperar hasta la noche!

¿Me quieren Vds. decir en qué puede pasar el día un progresista curioso y conmovido, que hasta las nueve de la noche no ha de hallar gente en el Casino?

¡Al fin llegó la noche!

De camino para la calle de Carretas, cada cual se imaginaba los ministros que hallaría en el Casino. El uno veía á Prim con la seguridad del candidato, y quizá dispuesto á revelar la inicial del régio nombre, á manera de acertijo, cuya solucio se dejaria para la tertulia próxima.

El otro veía ya á Sagasta parecer un momento, dar la mano á todos sin decirles nada, pero guiñándoles el ojo expresivamente, como quien da á entender: «¡Hay algo bueno!»

Los unos se figuraban que el Sr. Ruiz Zorrilla estaba ya esperando que hubiese mucha concurrencia para hacerles una relacion documentada de cuanto se referia á su vida, permanencia y regreso del Escorial.

Al pensar en esto apretaban el paso.

De camino tambien, discurrían sobre el sitio en que habrian de sentarse para oír bien y no tener calor. ¡Llegaron y esperaron.

Eran pocos y no se divisaba el menor ministro en lontananza.

No hacia calor ni era difícil hallar sitio.

El ambiente y la concurrencia eran suaves.

Al fin era preciso oír, oír algo. Para oír era menester que alguno hablase.

La naturaleza pródiga, ó si se quiere, la Providencia previsora, habia traído allí al Sr. Bautista Alonso.

Y (es claro) habló.

Habló del cielo y de la tierra en general, habló de la fé en Dios y en el general Prim, de la confianza en

otra vida y en el general Prim; acompañaron sus palabras los relámpagos frecuentes de sus ojos, pero no los siguieron los truenos de los aplausos.

Fué tempestad de verano.

Ningun ministro llegaba.

Calló desde más allá de los astros el Sr. Bautista Alonso, y el Sr. Madoz se dirigió á las inteligencias de infanteria asegurando que lo del 19 de marzo fué una gran cosa, y que no hay que salir de lo acordado el 19 de marzo; que los verdaderos amigos son los llamados en aquella noche, y que si bien á veces el gobierno le estomagaba, él vivia y moriria en el seno del partido diezinuevemarcista.

Y á todo esto pasaba el tiempo y no pasaba por allí ministro alguno.

Un progresista de chapa soltó entonces la voz á semejantes entusiastas razones, nacidas y aun criadas en su corazon.

Me cargan los unionistas, que nos perseguian y breaban cuando reinaba la otra; no los puedo ver; son nuestros enemigos y lo serán siempre; no hay que fiarse de ellos, y volveremos á ser unos necios si les dejamos que vuelvan á mandarnos.

Y á pesar de esto y de ser tarde, con esta serie de positivas afirmaciones (que valen más que algunos discursos sábios) terminó la reunion del Casino.

Los concurrentes llevaron consigo las mismas ideas del día anterior, á saber: que el hombre habia llegado y no se sabia nada.

La noche era apacible y la hora avanzada.

Los ánimos se habian calmado. Todos durmieron y los más nerviosos soñaron con algun párrafo del señor Bautista Alonso.

La siguiente aurora no apareció teñida en sangre ni en nada.

Roberto Robert.

EL 2 DE NOVIEMBRE.

No sé qué dirán á estas horas las potencias extranjeras de la siguiente noticia que encuentro en un periódico de la situacion:

«El general Prim ha escrito á todos los diputados

«monárquico-democráticos invitándoles á que se encuentren en Madrid para el día 1.º de noviembre.»

La carta del general á sus correligionarios es un *¡ayúdeme Vd. á sentir!* que vale cualquier cosa; un ¡ay! doloroso que en su postracion lanza la política española, enflaquecida y acongojada.

Llegará, pues, el 1.º de noviembre; se visitarán los cementerios, se pondrá á la venta el lomo fresco y se reunirán los invitados por el general Prim.

—¿Si será ese el día, tan repetidamente anunciado por un colega de la situacion, en que la política española debe salir de su letargo? ¿Si habrá llegado al fin la hora de cumplirse lo anunciado por el profeta?

¡Ya verán Vds. qué animacion!

Al día siguiente se abrirán las puertas del Congreso y cada fraccion política acudirá á la cita con su proyecto á cuestras, con su sistema de conducta nuevecito, bruñido, esplendoroso.

Los absolutistas se presentarán con sus discursos contra el matrimonio civil, contra el abandono en que se halla el clero y contra el estado de inquietud en que están las provincias.

Los unionistas conducirán su rey de siempre con zapatos nuevos y camisa limpia.

Los progresistas, subdivididos en varias fracciones, llevarán, unos á Espartero, otros á Hohenzollern, algunos esperarán á ver de qué lado viene el viento.

Los cimbríos presentarán por partes iguales, los unos aquellas atribuciones cándido-burlescas de que tanto se ha hablado, y los otros al candidato nacido entre las ollas de arrope de Daimiel.

El conde de Irujo llevará á la criatura.

Todos, pues, se presentarán compactos, á excepcion de la minoría, cuyos diputados pedirán por un lado la república, por otro lado... la república, y—ya lo verán Vds.—cada uno pedirá separadamente... la república.

¡Qué confusion de minoría!

Empezará la sesion con un *introito* rezado por el santo del Escorial, que dominará su enojo al ver algunas caras feas en los escaños.

Luego se levantará á *dar cuentas* el presidente del Consejo, el que ha citado á sus amigos para la vispera, y pronunciará un discurso

mitad en mal francés, mitad en griego.

Los traspuntes indicarán al coro los momentos de *sensacion, risas y aplausos*. Los *¡muy bien!* y los *¡bravo!*

No faltará rasgo ni pormenor que no se halle previsto. La cosa será imponente, conmovedora.

Se dejará escapar la palabra *crisis*, y el general que citó á los diputados para el día 1.º guiñará el ojo.

Entonces se dará lectura á una proposicion pidiendo

do un voto de gracias ó de confianza. Al oír esto dirá alguno: «¿Un voto de gracias? Esas son armas prohibidas.»

Le digo á Vd. que la cosa va á ser digna de verse. Ha hecho bien ¡D. Juan Prim Prast! en invitar á sus amigos para la víspera.

Luego vendrá el pedir cuentas al gobierno de su conducta. «¿Qué han hecho Vds. desde que no nos hemos visto?»—«Hemos mantenido el orden; hemos tenido reuniones en la Granja, y en el Escorial y en Daimiel; hemos hecho una revista militar; hemos convenido en aguardar la terminación de la guerra; hemos dicho muchas veces que lo de Cuba toca á su término; hemos...»—«¡Basta! ¡A votar! ¡a votar!»

Se sumarán los votos, y ¿qué resultará? ¡Vaya usted á saber!

Con arreglo á lógica, el ministerio debía salir por la puerta de los carros; pero como sobre la lógica están los cabildos y la cita del general, quizás resulte este triunfante y salga aprobada su política chavacana.

El general no las tiene todas consigo, sin embargo, y ha mandado que desocupen el palacio de Buenavista para en caso de una derrota abandonar más pronto el poder. ¡Oh, si su prevision fuera fundada y llegara tan feliz instante!

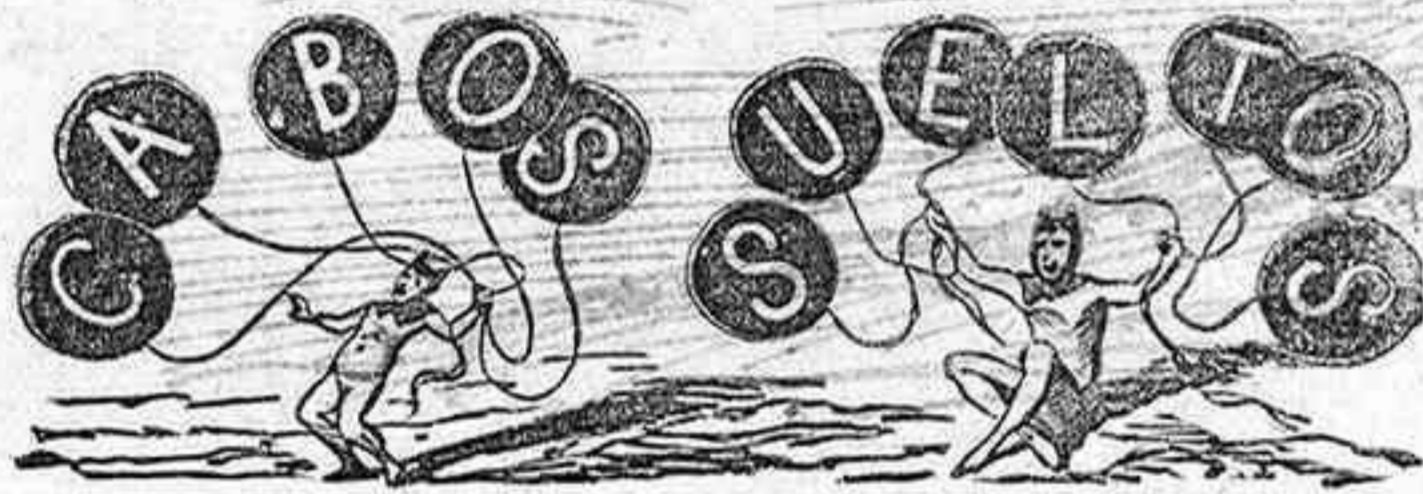
Pero... no hay que asustarse, que no seremos tan felices como todo eso.

Preparémonos, pues, para recibir al día 2 de noviembre.

¡Que nuestros diputados de la minoría se provean de la paciencia necesaria para oír á los Demóstenes de ese día!

Hombre, ¿hablará A bascal?

¿Quién sabe?



¡Pues no han pedido las Salesas al regente que deje sin efecto la orden que les manda desalojar la casa!

Señoras monjas, si el Espíritu Santo les ha inspirado á Vds. esa petición... es un indiscreto, y se lo diría en su cara.

La priora de las Salesas protestó de la orden para que desalojara el convento, por creer que esa orden era contraria á la Constitución.

Reflexiono yo ahora:

Los clérigos no juran la Constitución.

Las monjas protestan contra las órdenes que son contrarias á la Constitución.

Luego...

Lo acabaré de reflexionar otro año.

Las Salesas pasarán á hacer sus ejercicios al convento de Descalzas Reales.

Los ejercicios de la ametralladora se harán en la dehesa de los Carabancheles.

No confundirlo.

—Vió Vd. La vida en un tris?

—No vale un grano de anís.

En el teatro de Madrid funciona una compañía italiana bajo la dirección del Sr. Majeroni.

Es buena, bonita y barata.

Dicen del brigadier Rada que, después de haber recibido diez mil reales para ir á Cuba, se dirigió bonitamente á unirse con el niño Terso.

Esto debe de ser ardid de guerra.

Yo espero que el autor del folleto *Escoda y los carlistas* publicará pronto otro con el título de *Rada y los liberales*.

El Papa.—Pero sin cetro, sin ejército ni verdugos, sin grandes dominios, no puedo ejercer la soberanía espiritual.

Victor Manuel.—Yo me quedo con todos tus arreos de reinar y matar, precisamente para que más desembarazado te dediques á lo espiritual.

D. Basilio.—¿Pero á quién tratamos de engañar aquí?

El ministro de Hacienda.—Remito á Su Santidad la dotación de la Santa Sede y de los cardenales.

D. Basilio.—¿Este paga? Pues este es el engañado. Le borsa parla chiaro.

Dice un diario católico que si el juez de la Universidad asistió á la notificación de desalojar la casa hecha á las Salesas, quizá fué para prevenir cualquiera desobediencia de las religiosas al mandato de la autoridad.

¡Chispas con las *febiles ancillas Domini!* ¿Esa fama tienen?

La Iberia ha oído decir que en nuestro partido bulle incesantemente un elemento de discordia, ¡y no lo cree!

¡Oh falta de creencias, á qué abismos precipitas á los hombres!

So pretexto de que se perjudica á los propietarios de fincas del centro, censura un colega la traslación de los tribunales al monasterio de las Salesas.

Pues señor, censuro que se levanten fuentes públicas donde vivan propietarios ricos, para que no se perjudique á los pequeños propietarios.

¿Con que la piedad religiosa estaba dando un camelo secular al cardenal Siliceo, que fundara el colegio de Toledo para huérfanas pobres de la diócesis?

¿Con que las alumnas abusaban mucho de las licencias?

¿Con que las colegialitas se iban á correr mundo, y sin embargo cobraban su tanto por alimentos como si estuviesen bajo el sagrado techo?

¿Con que esas asignaciones no se daban á doncellas pobres de Toledo, sino á personas que no eran lo uno ni lo otro?

Apuntad estas notitas, señores neos.

Regresa Ruiz Zorrilla.

Cunde veloz la nueva por la villa; se hacen mil comentarios sobre el particular, á cual más varios: uno pide que pongan luminarias; otro, asustado, á Dios hacé plegarias; andan pidiendo albricias los que se precian de saber noticias; no cree ser patriota quien por fas ó por nefas no alborota, por lo cual es notorio que donde quiera hay ruidos y jolgorio, y del barrio de Pozas hasta el Prado anda el cotarro todo alborotado.

La madrugada fria término pone á tanta algarabía, y sólo se perciben los rumores del áura y de la crisis, y aquella tos fatídica, señores, ¡aquella tos de la española tisis!

¡Que bailen! ¡Que bailen!

Me dirijo á los empleados de Correos.

¡Atención, señores! El 8 salió de Madrid el paquete de *Gil Blas* para Leon; llegó el 13, en vez de llegar el 9; el correspondal no lo quiso recibir por ser ya tarde para la venta y lo devolvió á Madrid.

Pues bien... estamos á 22 y todavía no ha llegado á Madrid.

¡Y dicen Vds. que progresamos! Sabemos positivamente que todo número sin timbre no circula, y hoy hemos descubierto que los timbrados tampoco.

¡Esto corrobora!

La administración nos hace pagar el papel, el timbre, la contribucion y luego se queda con los números.

¡Que bailen, hombre, que bailen!

¡Oh público sencillo á quien cautivan fáciles empresas, hoy tu atención ocupan *Pepe-Hillo* y las monjas *Salesas!* Mañana solo quedará en la historia, del arte para gloria, una vela, unos cuernos, recuerdos sempiternos de cristianas promesas que en pro de las Salesas y del arte con gracia hace la retrechera aristocracia, pues, como usted conoce, con toreros y monjas tiene roce.

La víspera de hacerse carlista el brigadier Rada recibió del gobierno liberal 10.000 rs. de adelanto para su viaje á las Antillas.

El viaje fué... que se quedó con los 10.000 rs. y se fué á conspirar.

Rasgos de esta naturaleza acreditan á un brigadier, á un rey y á un ejército.

Bien mirado, los carlistas no reparan en nada, y si reparasen, peor para ellos, porque no tendrían ni un Rada.

Ultimamente querían hacer general á Escoda, y si él lo pide de veras lo hacen hasta arzobispo.

El mejor día le van á ofrecer á Serrano el empleo de reina madre, que equivale al que ahora desempeña.

¿Goza el cura de San Ginés de algun privilegio para no mandar revocar la fachada de la iglesia?

Lo digo porque aquello es una lástima.

Y porque otros revocan con ménos motivo. ¡Por Cristo vivo! Ya que esa fachadita es bastante fea, que al ménos se nos presente limpia.

Se nos pide hagamos presente al Sr. Robles, empresario de la Opera, lo conveniente que sería para el público poder tomar cierto número de entradas de abono de una vez.

Creo que el amigo Robles no tendrá inconveniente en ello, y el abonado se evitará así el tener que aguardar todas las noches en el ventanillo del despacho, con el riesgo consiguiente al frío de la estación y de aquel aristocrático lugar.

¿He dicho algo?

Con el siguiente cabo hay para reir hasta el día del juicio.

Oigan Vds., que es curioso, curiosísimo, archicurioso.

Se declaró la fiebre amarilla en Alicante, y varios empleados echaron á correr.

El gobernador dió parte al gobierno, y el gobierno mandó al gobernador cubrir las vacantes con aquellos empleados de más mérito y consideración.

¿Qué hace entonces el gobernador? Coge á los que más servicios habian prestado desde que se declaró la fiebre, les hace dejar sus antiguos empleos y cubre las vacantes de los que huyeron.

Perfectamente. Hasta aquí todo va en regla, todo parece natural; pero un poquito de paciencia, que ya viene el trueno gordo.

Pocos dias despues, el gobierno, sin atender á lo hecho por el gobernador, manda cubrir las plazas con empleados de Valladolid y otros puntos, dándoles un mes de plazo para ir á Alicante, es decir, para cuando haya terminado la epidemia.

Con este motivo quedan hoy cesantes de su nuevo empleo y del antiguo aquellos empleados que en Alicante merecieron ser distinguidos por sus servicios.

Todo esto es obra del ministro de Hacienda. No, él no tiene buena cara, pero en cambio los hechos... son peores.

CHOCOLATES DE MADRID. COMPAÑIA COLONIAL. FABRICA MODELO FUNDADA EN 1854. ONCE MEDALLAS DE PREMIO. CAFES Y TES SUPERIORES. Depósito general, Mayor, 18 y 20.

CHOCOLATES SUPERIORES. DE LA COMPAÑIA ESPAÑOLA. GRAN FABRICA MOVIDA AL VAPOR MADRID. PASEO DE ARENEROS, 8.—BARRIO DE POZAS. El establecimiento industrial de la COMPAÑIA ESPAÑOLA reune de una manera excepcional todas las condiciones que constituyen una FABRICA-MODELO: gran desahogo en sus espaciosos y ventilados talleres, limpieza esmeradísima en todas sus dependencias y una completa perfeccion en los aparatos que elaboran el chocolate. Tales son las circunstancias que más resaltan en la fabrica de la ESPAÑOLA. Sus productos son bien conocidos del público, y la mejor prueba del favor con que los distingue es el desarrollo siempre creciente de su industria. Por esta razon y con el fin de atender desahogadamente al consumo de su numerosa clientela, acaba de montar en su establecimiento UNA NUEVA MAQUINA DE VAPOR DE LA FUERZA DE 30 CABALLOS. La fabrica puede visitarse libremente.

MADRID: 1870. IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.